

## UN ELOGIO DEL BACHILLERATO

Me es muy grato estar hoy aquí con ustedes para una ceremonia de despedida de una promoción más de quienes acaban sus estudios medios, lo que tradicionalmente se ha llamado el bachillerato en España; y es un honor realmente hablar a estos jóvenes que seguirán unos estudios universitarios o se entregarán a una actividad profesional directamente.

Este paso es el que siempre se conmemoró en todas partes, y se sigue haciendo, y en algunos lugares de un modo muy solemne, porque el paso es decisivo. Sencillamente porque estos estudios que ahora ustedes concluyen van a ser las provisiones intelectuales y de sensibilidad, saber y cultura del que básicamente ustedes van a disponer durante su vida. E incluso de estos estudios que ustedes acaban de finalizar no sólo dependen las mejores posibilidades de aprovechamiento de sus posteriores estudios universitarios, sino las posibilidades todas de una conciencia informada y seria de su estar en el mundo. A comenzar por la lengua y las construcciones lógicas de su habla mismo, y eventualmente de su escritura, en un momento en que está algo turbia la diferencia entre ocho y ochenta, o, como diría don Antonio Machado, entre Julio César y Julián Cerezas.

Les hablo de enseñanza en el viejo sentido de la *paideia* griega que es la razón misma de lo que llamamos *saber* o *conocimiento*, distinguiéndolo de la *tecné* o saber técnico o instrumental; y entiendo por *cultura* el conjunto de informaciones y sensibilidades, heredadas y aprendidas, asumidas por el yo de cada cual, - la *apostura interior*, que decía Werner Jaeger - que permite simbolizar lo real, y ser y *comportarse* de un cierto modo, aprendido y conformado, que es lo propiamente humano y civil o civilizado..

Pero lo que ocurre es que, a la hora de la transmisión de todo esto de generación en generación, no sucede en todos los planos lo que en el plano técnico, e incluso en el científico, en los que pueden sumarse de manera mecánica conquista a conquista, e ir avanzando. En el mundo del saber, el avance se hace por superación e integración muy lentas, y en el de la cultura, o *paideia* todo debe comenzar con cada generación. Todo es frágil en este ámbito de cosas, y lo que parece asentado debe ser sostenido para que no se diluya o se derrumbe, porque noches tiene este mundo y no pocas, como decía Bernardo de Claraval. Y la transmisión de todo ello, inteligencia, sensibilidad, y *ethos* o comportamiento, ha de hacerse a cada nueva generación, que ha venido al mundo como todas las demás, esto es, algo así como en estado neandertalense; y debe ser impregnada digamos que de unos siete mil años de pensares, sentires, comportamientos, plasmaciones de la belleza artística. O como lo expresa admirablemente una cristalera de Chartres, que representa a un niño oteando desde los hombros de un anciano, para significar obviamente que las jóvenes generaciones sobre los hombros de las antiguas pueden ver más allá, desde el *humus* de saberes que se les ofrecen para ser repensados, y vueltos a sentir.

Tendríamos que recordar los viejos tiempos en los que la enseñanza pagada se consideraba una perversión moral y un fraude público, el famoso *nicolaísmo*, que consistía en hacerse pagar por un servicio al espíritu como lo es el ser enseñado, y como los sofistas exigían. Naturalmente, se ofrecían medios de vida dinerarios o patrimoniales al que enseñaba, pero lo que se quería subrayar era que la enseñanza es un bien tan radical y primario para ser hombre que no podía pagarse, y que nadie podía adquirirlo ni entregarlo por dineros. Era algo demasiado serio y participaba del ámbito de lo sacral.

En realidad, la enseñanza es un proceso mediante el cual quien es superior en saber trata de hacer un igual a sí mismo de aquél a quien enseña. Es un quehacer humano asombroso, y siempre fue admirado, hasta que las doctrinas totalitarias decidieron que no debía haber más prestigios y autoridades que las del sátrapa político, y las de las doctrinas obligaba a aceptar para conformar la mente de aquéllos a los van dirigidas. Y la enseñanza no ha acabado todavía de ser mirada por muchos como un simple instrumento de dominio.

A finales del siglo XIX, estalló en USA el primer ataque contra la enseñanza de lo que se llaman *las Humanidades* o la misma *Ciencia*, a las que se otorga una connotación despreciativa siempre que no se trate de conocimientos inmediatamente útiles, y políticamente explotables o comercializables. Ese ataque viene, en primer lugar, de los grandes industriales, los señores Carnegie y Ford, que lo que quieren, obviamente, son trabajadores hábiles, - en España el señor Bravo Murillo lo decía muy claro: *aquí no necesitamos gente que piense sino bueyes que trabajen* - mientras que *acomodadores sociales*, como Dewey también en USA, explican que *violamos la naturaleza del niño y hacemos difíciles los mejores resultados éticos introduciendo al niño demasiado abruptamente a un cierto número de estudios especiales de lectura, escritura, geografía etc. fuera de la relación de su vida social. El verdadero centro de correlación de los temas escolares no es la ciencia, ni la literatura, ni la historia, ni la geografía, sino las propias actividades sociales del niño. ¿Acaso no nos suena algo y aun mucho todo esto, ahora mismo?*

La *acomodación social* se había encomendado en principio a la prensa popular barata, que repetía incesantemente el catecismo político-social y hablaba a sus lectores de sus propias actividades sociales, del famoso entorno; y entonces se traslada a la escuela para sustituir al saber, con el rebajamiento del nivel de instrucción tal y como en *Demonios* de Dostoievski lo había formulado el siniestro sistema de Chigaliiov: *Todos los esclavos son iguales en la esclavitud...La primera cosa que hay que hacer es rebajar el nivel de instrucción, de ciencias y de talentos conseguir la nivelación general obligatoria. Y ya fueron terribles sus consecuencias al convertir aquello tan hermoso y esperanzador para nuestros abuelos ilustrados, que era la enseñanza primaria universal, en el instrumento más eficaz del dominio del Estado, (que) ha servido para la militarización de las masas, y ha expuesto a millares de personas a la influencia facilísima de la mentira organizada, y a la seducción de distracciones continuas, imbéciles, y degradantes, como explica Aldous Huxley.*

Pero no necesitaré subrayar lo infinitamente más terrible de que todo esto mismo haya sucedido especialmente en los estudios medios, que son los únicos que pueden abrir la posibilidad de un verdadero vuelo intelectual más adelante, y permitir a la enseñanza universitaria todas sus potencialidades, como decía. Sería suficiente con evocar a este respecto, sin ir más allá, la eximia figura del Doctor Sigmund Freud a quien fue la alta calidad de su bachillerato, y no sus estudios médicos, lógicamente técnicos, la que le permitió luego la construcción de su pensamiento y su sensibilidad, su yo. Pero esto ocurre en el caso de todas las mentes que se desenvuelven en el marco, público o privado, de nuestras enseñanzas. En el bachillerato nos jugamos nuestra madurez intelectual y moral, tal y como suena.

Nadie les va a regalar nada en adelante, como se les ha regalado hasta ahora entre estas cuatro paredes; lo poco o mucho de lo que ustedes hayan asimilado o hecho suyo de ese don será sobre lo que tendrán que construir su vida, si es que no quieren que se la diseñen otros. Y la única posibilidad de ser hombre es cargar con la herencia de los padres y de quienes nos enseñaron, para aportar algo a ella, o al menos entregarla a las próximas generaciones. Y, si me permito recordarles una tal evidencia, es porque desde el periodo de entreguerras, se alzado un odio radical contra los padres y el tiempo de los padres y maestros y sus valores, y, por lo tanto, contra los libros y el discernimiento crítico. Porque el pasado, que es decir, treinta siglos de historia son simple y llanamente el único lugar desde que el que podemos mirar, con los ojos del pensar y la experiencia, todo lo que nos sucede, y se nos quiere arrebatarse.

Porque un hombre no es cualquier cosa, y Ernst Jünger ha escrito con toda la razón del mundo, ante la afirmación siempre solemne de la posibilidad de la existencia de hombres en otros planetas, que quienes eso dicen no saben, desde luego, lo que es un hombre, porque éste no es algo construido por la fisiología sino por la cultura; y, en primer lugar, por el lenguaje y el pensar. Y por eso la lengua y la literatura tenían un lugar tan básico en los antiguos estudios, como las matemáticas y la geometría por otra parte, que siempre vigilaron toda eventual irracionalidad.

En ese mismo tiempo de entreguerras, en el que, como decía, comenzó a liquidarse *la vieja cultura*, una figura de primer orden en Europa como Dietrich Bonhoeffer, se percató perfectamente de que la ausencia de la autoconciencia de ser hombre con la más extrema calidad humana es lo que siempre pone alfombra roja a la barbarie, y en una especie de colosal testamento en la Navidad de 1942, escribía que, *cuando uno ya no sabe lo que se debe a sí mismo y a los demás, cuando se desvanece la noción de la cualidad humana y la fuerza para guardar las distancias, entonces el caos está ante la puerta.*

En las muy menesterosas y quizás en no escasos aspectos criticables, pero verdaderamente admirables escuelas e instituciones de enseñanza media a las que asistió mi generación, se daba ese grado de conciencia de todo eso, simplemente porque allí estaba, pese a todo, el ideal de la *paideia*, y entre

aquellos viejos pupitres se pasearon de algún modo muy serio el señor Miguel de Cervantes, Spinoza, y Euclides, y se nos decía que debíamos ser como ellos, y que el esfuerzo en emularlos, aunque nunca lo consiguiéramos, era absolutamente necesario; un *mínimum*, y para todos.

Pues bien, ustedes tienen en mayor o menor medida todo eso ya en su bagaje, y sólo les deseo que cuando miren hacia atrás y recuerden por la circunstancia que sea este colegio, lo hagan con la obligada y entrañable admiración y agradecimiento a quienes les regalaron los fundamentos intelectuales y morales de sí mismos, que yo siento por mis maestros. Nos hicieron posible todo, y, si no cumplimos todas sus esperanzas nuestra es la falta. Pero el don que los maestros entregan siempre es mayor. Y esto compensa.

Tal es el debido elogio del bachillerato que me ha parecido que debía hacer.

José JIMÉNEZ LOZANO